

CULTURA

El cuaderno de Rutka



POR JOYCE VENTURA NUDMAN

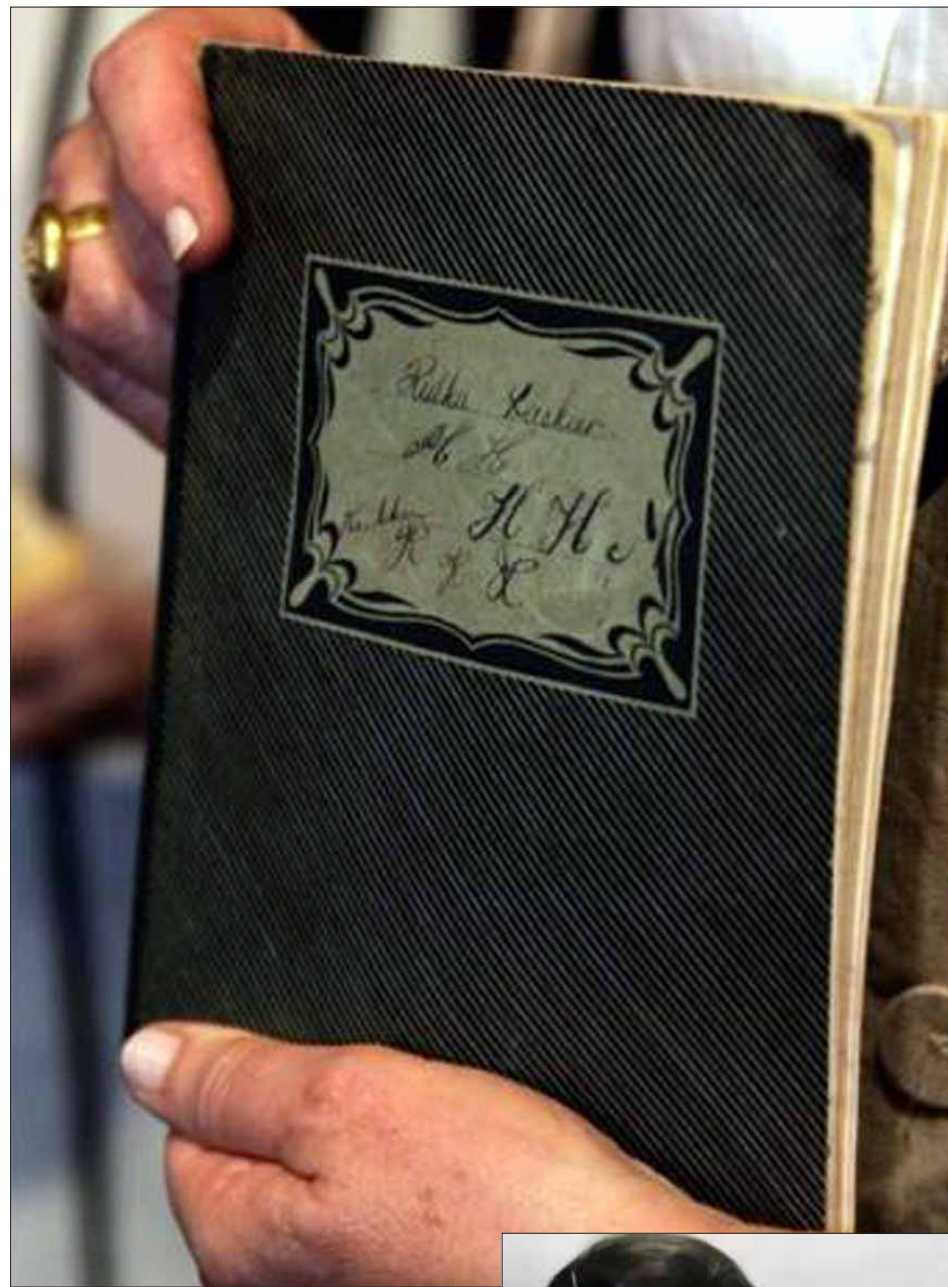
Sólo hace dos años se dio a conocer el cuaderno que una niña polaca de 14 años llevó como diario mientras esperaba que la deportaran a Auschwitz en el ghetto de Bedzin.

«No puedo entender que ya es 1943, cuatro años desde que comenzó este infierno», es la primera frase de las 60 páginas escritas sin el conocimiento de su familia y publicadas en español en *El cuaderno de Rutka*, Editorial Suma, 2008. Palabras sencillas de una joven adolescente que revelan que, más allá de cualquier contexto, por terrible que éste sea, los seres humanos tienen un programa de vida ineludible. El descubrimiento del cuerpo, del amor y el deseo son preocupaciones que relata a la par con el dolor del cual es testigo: «Ayer, cuando me daba un baño y el agua acariciaba mi cuerpo, anhelé las caricias de otras manos».

Rutka tiene una personalidad cambiante, así como sus sentimientos amorosos dan saltos resueltos. Sale a la calle vestida con pantalones sabiendo que llama la atención y va eufórica, ilusionada por leer a los filósofos cuyos libros lleva bajo el brazo. «Hoy me siento rara. Me embarga una alegría y felicidad que soy incapaz de explicar. Es como si hubiera absorbido toda la alegría y toda la lejanía infinita (...). Otros días me invade una enorme añoranza por algo hermoso y lejano».

Parece que pertenece a algún grupo de la resistencia. Pero no lo dice expresamente, por temor a ser descubierta, así como tampoco da muchas luces acerca de sus ideas comunistas. Entre sus primeros razonamientos sorprende que llegue, siendo tan joven, a conclusiones como ésta: «Si Dios existiese no permitiría que seres humanos fuesen arrojados vivos a hornos crematorios, que las cabezas de los niños fuesen destrozadas a culatazos o se les encerrase en sacos para ser gaseado hasta la muerte». No sólo desde el punto de vista existencial, sino porque revelan que viviendo en el gueto, los judíos estaban perfectamente informados del destino de aquellos, sus propios familiares y amigos, que ya habían sido deportados.

Pero no sólo no hay nada que pueda hacer, tampoco es capaz de sentir NADA EN ABSOLUTO, pone con letras mayúsculas, el día de una redada: «Los policías golpeaban a la gente con saña y les disparaban (...) vi, con mis propios ojos, cómo un soldado alemán arrancaba a un bebé de las manos de



DIARIO ORIGINAL ESCONDIDO DURANTE DÉCADAS.

su madre y le abría la cabeza a golpes contra un poste de la electricidad. Los sesos de la criatura salpicaron en la madera. La madre enloqueció. Ahora lo escribo como si no hubiera pasado nada, como si yo misma formara parte de un ejército entrenado para la crueldad; soy joven, tengo catorce años, todavía he visto poco en la vida; sin embargo ya me he vuelto indiferente». Y en la misma entrada sus preocupaciones vuelven a ser las de una niña de catorce años. Poco después escribe: «He decidido dejar que Janek me bese. Al final, alguien tendrá que darme el primer beso. Que sea él. Para ser sincera, sí que me gusta».

Muy pronto, todo se interrumpe. Antes de ser deportada, primero al ghetto de Kamionka, después a Auschwitz, Rutka sigue el consejo de una vecina polaca de 20 años, con quien había hecho amistad, a propósito de las visitas de ésta a la que fue la casa de su familia. «Como yo conocía la casa, le indiqué un escondrijo que podría utilizar para esconder el diario en el caso de que surgieran problemas», explicó Sapinska, en una de las entrevistas que



RUTKA Y SU PEQUEÑO HERMANO HENIUS.

diario hace poco, a propósito de la divulgación del diario. «Acordamos que, si le pasaba algo, yo me acercaría después de la guerra para recuperar el diario».

Pero lo mantuvo oculto en su casa sobre una repisa. Lo leía cada cierto tiempo, por 65 años, para acordarse del trágico destino de su amiga, hasta que su sobrino Marek, obsesionado por lo ocurrido en su país durante la Segunda Guerra, le preguntó por detalles de la ocupación alemana y ella quiso mostrárselo. El joven reconstruyó la historia y ubicó a una hermana de Rutka nacida después de la guerra en Israel.

¿Por qué Sapinska nunca trató de ubicar al padre de Rutka para entregar-



le el diario y permitir que muriese en 1986, sin saber de su existencia? «¿No pensó que en la familia, o lo que quedaba de ella, habría querido tener acceso a él?», se pregunta uno de los autores de los apéndices de la traducción al español de «El cuaderno de Rutka». Y explica: cuando casi uno de cada dos polacos eran judíos, éstos eran marginados y una vez muertos también se los excluye, se los olvida.

¿Qué pasó con Rutka una vez en Auschwitz?, ¿cómo murió? Investigaciones del Museo Yad Va Shem concluyen que debió contagiarse de alguna enfermedad, como testimonió Zofia Minc, quien dormía en la misma barraca. La sobreviviente relató que aun con sus rasgos desdibujados por la enfermedad y la falta de alimentos, llamó la atención del temible doctor Mengele. Y decidido su final, ella misma la tuvo que transportarla en una carretilla hacia el horno crematorio. Aún consciente, Rutka le rogó que la dejara junto a la alambrada del campo para electrocutarse: una muerte supuestamente menos dolorosa que la de arder viva, «pero un SS que iba detrás nuestro con un fusil no me dejó».

Pero el padre de Rutka, Yaakov Laskier, tuvo un mejor destino gracias a la Operación Bernhard, la misma que relata la película *Los falsificadores*. Dado trabajó en un banco, fue reclutado junto a otros prisioneros judíos, en su mayoría pintores, diseñadores, grabadores y trabajadores de las artes gráficas. Se trató de una de las mayores falsificaciones de la historia, tenía como fin colapsar la economía occidental. Ante la inminente llegada de los aliados, los nazis decidieron deshacerse de todas las pruebas y partir a Austria con algunos prisioneros. Liquidarían a los otros, entre ellos se encontraba Yaakov, pero fue una suerte porque no alcanzaron. Poco después de ser liberado por los norteamericanos emigró a Israel y formó una nueva familia. A los 14 años, su hija Zavaha descubrió un álbum con fotografías de Rutka y de su hermano menor. Entonces su padre le contó la historia de la familia que formó en Polonia. Pero sólo pudo completarla con la lectura del cuaderno de su hermana y las investigaciones que inició el Museo Yad Va Shem, donde se encuentra expuesto.